



El exilio forzado de un *ideologue* rioplatense. El pensamiento republicano de Lafinur y sus traumas¹

Klaus Gallo²

Recibido: 26/11/13
Aceptado: 06/12/13

Resumen

Este artículo analiza la corta, pero intensa, carrera política e intelectual de Juan Crisóstomo Lafinur (1797-1824). Se centra en las dificultades que atravesó este filósofo argentino debido a sus inclinaciones en favor de un itinerario republicano fuertemente influenciado por la tradición sensualista francesa. Dadas las connotaciones claramente anti-clericales de esta corriente de pensamiento, y por su implícita tendencia radical, Lafinur se encontró enfrentándose a menudo con autoridades de gobierno y de la iglesia tanto en Chile como en Argentina.

Palabras clave

Lafinur - temprano siglo XIX – republicanismo – sensualismo – conflictos con la iglesia – Chile y Argentina.

Abstract

This article follows the short, but intense, political and intellectual career of Juan Crisóstomo Lafinur (1797-1824). It focuses on the difficulties encountered by this Argentine philosopher due to his inclinations towards a republican agenda that was clearly influenced by the French sensualist tradition. Given the clear anti-clerical tendencies of this school of thought, as well as the radical political views implicit, Lafinur found himself constantly clashing with Church and government authorities in both Chile and Argentina.

Keywords

Lafinur – early 19th century – republicanism – sensualism – conflict with Church – Chile and Argentina.

Juan Crisóstomo Lafinur decidió radicarse en Santiago de Chile a fines de 1822, luego de verse forzado a abandonar la ciudad argentina de Mendoza debido a una serie de vicisitudes políticas en las que se vio envuelto allí. Antes de arribar a la provincia cuyana había ejercido el periodismo y la docencia en Buenos Aires y fueron sus polémicos artículos y formas de enseñanza, durante la segunda mitad de la turbulenta década de 1810, los que motivaron su alejamiento de esa ciudad. Llegó al país trasandino en momentos de pleno clima de efervescencia política, al abdicar como director supremo Bernardo O'Higgins (Lafinur 1938: 50).

La experiencia de Lafinur en la capital chilena estuvo marcada por una vertiginosa sucesión de acontecimientos trascendentales que culminarían con su trágica muerte, ocurrida tras caerse de un caballo en agosto de 1824. Durante su fugaz y, a la vez, agitada

¹ Este artículo es una reescritura de K.Gallo, "El exilio forzado de un *ideologue* rioplatense. El pensamiento republicano de Lafinur y sus traumas" publicado en Carmen Mc Evoy/Ana María Stiven (Editoras), *La República Peregrina. Hombres de armas y letras en América del Sur. 1800-1884*, IEP/IFEA, Lima, 2007

² Dr. en Historia (Oxford University). Docente en la Universidad Torcuato Di Tella. Contacto: kgallo@utdt.edu

estadía en Santiago pudo reestablecer sus contactos con los publicistas Camilo Henríquez, ex sacerdote al que había conocido en Buenos Aires en 1817, y Bernardo Vera, abogado y autor de la letra del primer himno chileno; logró graduarse en derecho civil en la Universidad de San Felipe para luego trabajar como abogado en sociedad con Vera; y se casó con Eulogia Nieto vinculándose de tal manera a la alta sociedad de ese país. Por lo tanto, como recuerda José Zapiola, el paso por tierras chilenas de Lafinur no pasó desapercibido (Zapiola 1974: 47-49).

Alguna vez el emblemático miembro de la llamada Generación del 37, Juan María Gutiérrez expresó que “Lafinur merece que se lo estudie mejor” (1998: 99-100); a pesar de haber recibido estimable grado de atención hasta la primera mitad del siglo veinte, las últimas décadas reflejan que, más allá de que en ambos lados de la cordillera su nombre no se ha desvanecido del todo, no se hace frecuente alusión a su figura. El objetivo de este trabajo es el de presentar un resumen biográfico de un hombre que se vio forzado al exilio en más de una ocasión, con el fin de explorar su trayectoria política e intelectual, deteniéndonos especialmente en su vinculación con una corriente filosófica francesa de raigambre republicana, la *Idéologie*, asociación que resulta posible discernir a través de la actuación de Lafinur en el ámbito académico, y en menor medida en el político, lo cual permite por lo tanto precisar mejor el tipo de republicanismo que pregonaba.

1. Del valle de la Carolina a la agitada escena revolucionaria porteña

Lafinur nació en el valle de la Carolina, provincia de San Luis, el 27 de enero de 1797 y, después de trasladarse su familia a Córdoba en 1806, cursó estudios en el Colegio de Monserrat para luego ingresar a la universidad de esa ciudad cuatro años más tarde. En aquellos tiempos la mencionada casa de estudios atravesaba una suerte de momento de inflexión debido a los planes de reforma que serían introducidos allí por el Dean Gregorio Funes, advirtiéndose, por ejemplo, de qué manera la enseñanza de la filosofía estaría cada vez más marcada por la incorporación de nociones vinculadas a las ciencias modernas y un progresivo alejamiento de la teología. Fue en este particular ámbito que Lafinur conocería al poeta Juan Cruz Varela y a Salvador María del Carril, este último futuro gobernador de San Juan, quienes durante la década de 1820 estarían muy estrechamente vinculados con los gobiernos de Bernardino Rivadavia (Lafinur 1938: 46).

El clima de reforma universitaria en Córdoba, sumado al proceso revolucionario que había comenzado en el Río de la Plata en 1810, contribuyó sin dudas para que los jóvenes estudiantes que se encontraban dentro del exiguo ámbito universitario rioplatense de aquel entonces, fueran entrando en contacto con autores de la corriente ilustrada europea. Lafinur egresó de aquella universidad con el título de Maestro en Filosofía aunque luego, según Delfina Domínguez de Ghioldi, sería expulsado de la misma en 1814 “por sus costumbres liberales”, acontecimiento que la mencionada autora implícitamente vincula con la partida de Funes –quien para aquel entonces ya se había convertido en un referente de la política revolucionaria en Buenos Aires– de la Universidad de Córdoba y el consecuente deterioro en la calidad de los estudios (Varela Domínguez de Ghioldi en Lafinur 1938: 96).

Ese mismo año Lafinur se enroló en el Ejército del Norte comandado por el general Manuel Belgrano. Al trasladar sus tropas a Tucumán, Belgrano ordenó la creación de una Academia de Matemáticas en la capital de la mencionada provincia, nombrando como director de la misma al francés Jean Dauxion Lavaysse, un ex soldado de Napoleón que hacía un tiempo se había radicado en el norte argentino. Como sugiere Domínguez de

Ghioldi, es muy probable que este profesor francés haya sido una importante influencia para la formación intelectual de Lafinur, especialmente en lo que se refiere al conocimiento más específico de las teorías difundidas por ciertas corrientes filosóficas de aquel país europeo (Lafinur 1938: 46).

Hacia fines de 1817 Lafinur abandonó el ejército, y a principios del año siguiente arribaría a Buenos Aires donde rápidamente comenzaría a incursionar tanto en el periodismo como en el teatro. Fue esencialmente su amistad con Juan Cruz Varela que permitió a Lafinur entrar en contacto con personajes vinculados a los círculos literarios y teatrales, tales los casos del poeta Esteban de Luca y el actor Ambrosio Morante. Para aquel entonces ya se había creado la *Sociedad para el fomento del Buen Gusto en el Teatro* integrada por de Luca, Camilo Henríquez, Valentín Gómez, Santiago Wilde y Manuel Moreno, entre otros. Fue muy probablemente en ese contexto que Henríquez y Lafinur se conocieron. Vale recordar que el clérigo chileno era veintiocho años mayor.

La inclinación en favor de la difusión de este tipo de representación artística en el Río de la Plata, ya se había puesto de manifiesto durante los años inmediatamente posteriores a la Revolución de Mayo de 1810, a partir del interés que generaba esta actividad entre algunos de los referentes más radicalizados del entorno revolucionario rioplatense. El político y publicista Bernardo de Monteagudo y el mismo Henríquez son emblemáticos ejemplos en este sentido, ya que fueron autores de piezas teatrales que en algunos casos llegaron a ser representadas en Buenos Aires durante aquellos años. Estos hombres veían en la representación teatral un adecuado vehículo para transmitir aquellos principios que asociaban con los valores patrióticos y republicanos de la nueva nación. Asimismo, el principal propósito de los miembros de la Sociedad del Buen Gusto era el de contribuir al mejoramiento de una actividad artística a la cual referían como “escuela de costumbres y el mejor maestro de la ilustración”. Privilegiaban la dramaturgia francesa e italiana con obras que exaltaban la libertad y el odio a la tiranía, como *La muerte de César* de Voltaire o *Roma Libre* de Alfieri, por sobre las obras del “siglo de oro” español (Seibel 2002: 60-61; Gallo 2005a). Como afirma Jorge Myers, la mayoría de los miembros de dicha Sociedad sentían la necesidad de transformar el teatro en un órgano público ya que tendían a concebir esta expresión artística más como un instrumento didáctico, destinado a una población mayoritariamente analfabeta, que como mero entretenimiento (Myers 1999: 123-124). En el mismo sentido, Eugenia Molina ha enfatizado que en el Río de La Plata el teatro era concebido como un recurso de pedagogía cívica y un instrumento de disciplina social (Molina 2004: 33-59; Gallo 2005b).

Lafinur también estuvo estrechamente vinculado con Henríquez en el ámbito del periodismo, colaborando para los diarios *El Censor* y *El Curioso* ambos editados por el clérigo chileno. Justamente en el primero de los mencionados diarios se definía al teatro como “una escuela de instrucción pública y bajo este pretexto es un gran instrumento en manos de la política”, y aparecerían también, en esa misma publicación, numerosos artículos que harían referencia a la imperiosa necesidad de promover obras teatrales que pusieran enfáticamente de manifiesto las arbitrariedades de la cultura político-religiosa española (*El Censor*). Este objetivo quedaría reflejado en aquellas obras teatrales escritas por el propio Henríquez como *La Camila o la patriota de Sud América*, considerada como una de las primeras obras del género dramático escritas por un autor chileno, como así también *La inocencia en el asilo de las virtudes*, que por motivos no suficientemente esclarecidos no fueron aprobadas por la Sociedad del Buen Gusto para ser representadas en Buenos Aires. A principios de 1819, sin embargo, Lafinur tuvo que abandonar

momentáneamente sus actividades periodísticas y teatrales al ganar el concurso para dictar el curso de filosofía del Colegio de la Unión del Sud.

2. La enseñanza de la filosofía de la *Idéologie*. Un modelo de republicanismo utilitario

Lafinur ha sido vinculado frecuentemente a corrientes del pensamiento francés surgidas a su vez de la tradición enciclopedista de ese país, e incluso se ha sostenido que fue él quien introdujo la *Idéologie*, que contaba como principales referentes a Destutt de Tracy, Cabanis, Daunou y Volney entre otros, al Río de la Plata.³ Esta asociación un tanto esquemática se debe en parte a afirmaciones hechas en trabajos como los de Domínguez de Ghioldi, quien ha expresado por ejemplo que “con lecturas de Destutt de Tracy y Cabanis, planeó [Lafinur] las exposiciones de su cátedra. A una acentuada información filosófica sobre Descartes, Locke y Condillac agrega una personalísima agitación ética que no pasó inadvertida entre las generaciones de jóvenes que lo tuvieron como maestro”, agregando que “a Lafinur se le debe el primer empeño por abandonar la expresión escolástica. El vino a romper los de una trama filosófica asentada sobre bases religiosas” (Varela Domínguez de Ghioldi 1938: 98). Una década antes, Juan María Gutiérrez, en su estudio sobre los orígenes de la enseñanza superior en Buenos Aires, había remarcado también la utilización por parte de Lafinur de algunos conceptos de la *Idéologie* en su curso, aclarando que

Lafinur no se proponía en su curso formar filósofos meditativos ni psicólogos que pasasen la vida leyendo, como fáquires de la ciencia, los fenómenos íntimos del *yo*. Quería formar ciudadanos de acción, porque sentía la necesidad de levantar diques al torrente de los extravíos sociales que presenciaba y de preparar obreros para la reconstrucción moral que exigía la colonia emancipada (Gutiérrez 1998: 99).

Algunos colegas académicos como Cosme Argerich, profesor y fundador de la Escuela de Medicina de Buenos Aires, apreciaban los esfuerzos hechos por Lafinur por introducir una mayor amplitud de conocimientos en sus cursos de filosofía, pero dejaba entrever al mismo tiempo que esto no debía necesariamente ir en detrimento de las enseñanzas religiosas, como le haría saber a través de un artículo publicado en un diario de aquella época:

Estoy bien persuadido, que los sentimientos y principios del Sr Catedrático Lafinur, a quien aprecio infinito por su literatura y buen gusto, son los mismos que yo sigo, y que nada de lo que llevo insinuando le puede tocar ni remotamente; pero, si es permitido a un hombre de honor y alguna edad proponerse a sí mismo por modelo, podría hacerle presente, que enseñando a mis discípulos la fisiología, ya ha once años, en la discusión del análisis del entendimiento les expliqué estas mismas

³ Tracy es de alguna manera el creador de lo que hoy en día se conoce como "ideología". Acuñó el término *idologie* poco tiempo después de haber sido admitido al *Institute National* en 1796 para referirse a su "idea de la ciencia" cuyo objetivo era el de crear sólidas nociones para el conjunto de las ciencias políticas y morales. Se propuso ese objetivo a los fines de examinar más de cerca las sensaciones y las ideas referidas a esas sensaciones que surgían entre los seres humanos al interactuar éstos en el marco de su espacio físico. Se ha escrito muy poco sobre la vinculación ideológica de Lafinur con esta corriente filosófica. Además del ya citado texto de Gutiérrez, véase también Juan Manuel Fernández de Agüero (1940: 9-124); Varela Domínguez de Ghioldi (1938: 95-100).

opiniones perfeccionadas con la continua lectura de Cabanis y de Destutt Tracy, pero proponiéndolas siempre con el correctivo insinuado de prescribir exactamente los límites hasta donde puede llegar la filosofía, debiendo esperar de la ciencia sagrada los restantes conocimientos (Aparecido en *El Americano*, 1 de octubre de 1819).

Por otro lado, a su amigo Juan Cruz Varela le parecía un ejercicio de cierta futilidad la persistencia con la cual Lafinur buscaba imponer algunos principios filosóficos en las aulas, tal cual quedaría reflejado en una poesía que le dedicó:

Oh Lafinur, tú pierdes
Sensiblemente el tiempo
Revolviendo los libros
De autores mil diversos,
Y en pos de inútil ciencia
Afanoso corriendo.
Porque, dime, querido,
¿Qué te importa en efecto,
Que el hombre sólo piense
A fuer del sentimiento,
O que piense, movido
De principio diverso? (Citado en Korn 1983: 162)

En su muy sugerente estudio sobre la *Idéologie*, Cheryl Welch afirma que al igual que ocurría con las teorías de Jeremy Bentham y James Mill en Inglaterra, las perspectivas políticas y sociales ejemplificadas en los escritos de Tracy y Daunou fueron adoptados y adaptados por diversos grupos de seguidores para diseñar una distintiva argumentación racional en favor de la democracia (Welch 1984: 2). Una apreciación similar ha hecho Domínguez de Ghioldi al afirmar que esta escuela política hacía de la ciencia un instrumento de la democracia (Varela Domínguez de Ghioldi 1938: 47-64).

En definitiva, la mencionada corriente filosófica francesa, con muy marcadas reminiscencias del utilitarismo inglés, favorecía la idea de promover el bienestar y la utilidad bajo un sistema republicano, sustentando sus principios teóricos en un fuerte rechazo a la tradición de los derechos naturales, partiendo de la base de que los derechos son consecuencia de sistemas de leyes confeccionados por los hombres, y no de preexistentes leyes de la naturaleza. La *Idéologie* había surgido como corriente de opinión política en la década de 1790, durante el período del Directorio, en el entorno literario de Madame Helvétius, Condorcet y Mirabeau, y desde aquel entonces ya contaba con Tracy como uno de sus principales referentes (Welch 1984: 6). Durante los años de la Restauración, los miembros de este grupo se dedicaron a elaborar teorías que desafiaban la retórica política prevalente. Veían con gran resquemor el reestablecimiento del principio monárquico hereditario dada la histórica relación entre la monarquía y el privilegio en Francia. Por ese motivo buscaron reafirmar su republicanismo, como así también los medios más eficaces para impulsar una variante política más radical que se conciliara a su vez con nociones de “utilidad” y “bienestar general”. Más allá de su fuerte afinidad con la tradición revolucionaria francesa, Tracy y otros eminentes *idéologues*, como Pierre Cabanis y Pierre Daunou, querían establecer un quiebre con aquella retórica, para promover en su lugar un ideal republicano más atenuado (Welch: 149).

En sintonía con los doctrinarios, y otros referentes del liberalismo francés como Madame de Staël y Benjamín Constant, los *idéologues* criticaban las concepciones de soberanía popular esbozadas por Rousseau en el *Contrato Social*, pero no por ello abandonarían la defensa del modelo republicano, aunque en una versión más moderada que la que caracterizó a la experiencia jacobina (Armstrong Kelly 1992: 218; véase también Roldán 2003: 39). En consonancia con los lineamientos del utilitarismo de Bentham, harían particular hincapié en la necesidad de ampliar los niveles de libertad de expresión, que según ellos debía ser el ingrediente esencial de un gobierno democrático y el vehículo apropiado para la consolidación del ideal de la “república ilustrada” (Welch 1984: 107-116). Ese ideal se plasmaría, por lo tanto, bajo la guía conductora de un Estado que también debía fomentar el progreso y difusión de las artes y la ciencia (Welch: 156).⁴

Gutiérrez ha resaltado que “antes de él [de Lafinur] los profesores de Filosofía vestían sotana: él con el traje de simple particular y de hombre de mundo, secularizó el aula primero y enseguida los fundamentos de la enseñanza.” Con el transcurrir del año 1820 estos cambios de usos y costumbres introducidos por Lafinur en aquella casa de altos estudios, irían generando una fuerte tensión en el ámbito académico-ecclesiástico, la cual coincidiría a su vez con el aún más álgido clima de tensión política que se vivía en ese momento en el amplio contexto territorial rioplatense, pero sobre todo en Buenos Aires. Esta situación de creciente ebullición político-social se pondría especialmente de manifiesto en el ámbito porteño durante el transcurso del mes de agosto de 1820, momento en el que la llamada “anarquía del año 20” entraría en una etapa de definiciones. Fue durante ese mes también que se llevó a cabo un particular evento organizado por Lafinur. Como refleja el relato el Gutiérrez:

En aquel año 20, de tantos conflictos para el país, el profesor de Filosofía mostró un gran temple de alma y actividad de espíritu, pues no interrumpió sus lecciones y en medio de la guerra civil cantó con notable inspiración las virtudes y el patriotismo de un héroe. En los últimos días del mes de Agosto entre los carteles relativos al movimiento de la anarquía de que rebosaban los pilares de las esquinas, notábase uno convocando al público al templo de San Ignacio a presenciar una *función literaria*. Esta función era el examen de los discípulos más aventajados de Lafinur, en el cual darían muestras de las calidades que constituyen la elocuencia, en el púlpito, en el foro, en la tribuna parlamentaria (1998: 99).

Durante las semanas previas a este evento, se podrían ir palpando las mencionadas tensiones en algunas publicaciones, donde ciertos clérigos de renombre pondrían de manifiesto su indignación por el modo en que Lafinur hacía abuso de un espíritu que consideraban extremadamente laicista y pro-enciclopedista en sus clases de filosofía, con el agravante de que el mencionado profesor, al realizar sus llamados “concursos”, estaba trasladando sus enseñanzas a una dimensión de la esfera pública mucho más amplia. Tal era el caso de los diarios y panfletos publicados por el controvertido cura Francisco de Paula Castañeda, los cuales se caracterizaban por sus ingeniosas e irónicas diatribas

⁴ Estos tres últimos párrafos son una transcripción textual de un artículo anterior: Klaus Gallo, “En búsqueda de la *República Ilustrada*. La introducción del utilitarismo y la *idéologie* en el Río de la Plata a fines de la primera década revolucionaria”, en Fabián Herrero (comp.), *Revolución. Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2004, 93-94.

especialmente dirigidas contra ciertos miembros de la elite político-intelectual porteña que simpatizaban con ese tipo de orientación filosófica. Ya en mayo de ese año Castañeda le había dedicado, en su *Despertador Teofilantrópico Místicopolítico* una sarcástica poesía al propio Lafinur:

La finura del siglo diez y nueve
Es la finura del mejor quiveve:
Diga yo novedades
Aunque pronuncie mil barbaridades:
Dale que dale
La pura novedad es la que vale:
Dele que dele
Dios, si hubiere remedio, lo revele:
Dile que dile
Si le crece la lana que se trasquile;
Correrá bien la vola
Con maíz morocho, y con zapallo angola:
Y en caso de que no corra
Mezclen el piquillin con mazamorra:
A dios señores
El dianche somos ya los escritores.
El siglo diez y nueve
Al cumplir los veinte años mucho hiede:
Hiede como *guanaco*
Porque el que no es *filosofo*, es *chacuaco*;
Por no ser *teocrático*
Se ha vuelto macarrónico y maniático;
Los *padres* aborrece
Por quedarse en sus quince, y en sus trece,
Y aunque ya peine canas
Se muere por voleras y tiranas;
Que salga con la suya
Pero yo no le enbidio su aleluya (Citado en Lafinur 1938:178).

Por otro lado, a principios del mes de agosto, Castañeda reflejaría de modo más directo su enorme fastidio por lo que consideraba una excesiva influencia de las enseñanzas de filósofos franceses e ingleses que iban en detrimento de los tradicionales valores hispanos:

Hágase una hoguera en medio de la plaza, y entre en ella Voltaire con sus setenta tomos, que para nada los necesitamos; después que siga chamuscándose Juan Santiago en compañía de Volney de Payne, del citador, y cuantos libros embrollones han transformado vuestro juicio. Refórmese Buenos Ayres sacrificando los días de fiesta, convirtiendo los *cafés* en *escuelas*, y las *barajas* en *cartillas* y *catones*, que si seriamente tratamos de nuestro remedio seguramente quedaremos remediados en todo el decurso de la década venidera. De no hacerlo así no queda más recurso que el del hijo pródigo; sí señores, la España, de quien nos han separado no la rebelión ni la

perfidia, sino las circunstancias, y la deserción escandalosa de sus reyes; la España de quien jamás hemos estado tan quejosos como de nosotros mismos; la España y su regazo será el único asilo donde podremos acogernos cuando por nuestra inmoralidad el hijo persiga al padre con un puñal, las hijas a la madre y cuando un huésped no esté seguro de otro huésped a causa de ser todos ladrones (*Desengañador Gauchi-Político*, 4 de agosto de 1820).

El mismo grado de fastidio era perceptible en el Cancelario de Estudios del Colegio de la Unión del Sud, el Arcedéan Andrés Florencio Ramírez, quien pocos días antes de llevarse a cabo el concurso literario en San Ignacio envió una nota de queja al Gobierno por lo que consideraba una inaceptable conducta y falta de respeto hacia su persona por parte de Lafinur, cuando este último reaccionó al amenazarlo Ramírez con denunciarlo por haber estado tocando el piano y cantando en su cuarto en horas de clase, dejando, por ende, abandonados en el aula a sus estudiantes:

En vez de disculparse con la moderación debida, me replicó lleno de elación que el voto público le haría justicia; que su reputación estaba mejor parada que la mía, y que con el sufragio de los alumnos, y de los hombres de bien me desmentiría, si pensaba desairarlo o envolverlo en aquella nota: que mirase lo que hacía, que mejor estaría volverle sus estudiantes, y evitar con él todo rompimiento en un tiempo en que ya había caducado la aristocracia cimpluxo de los pulsillos. Yo di al desprecio con poca mortificación la pedantería de su parlado, y procuré despedirlo, diciéndole, que el era quien le estaría mejor no ser atrevido, y enseñar a sus discípulos máximas de moralidad, y respeto a nuestra religión: que era un escándalo, que no los hubiera presentado una sola vez a comunión de regla en los dos años de curso que llevaba: que si los presentaba, me daría por satisfecho; y quedaría todo tranzado. Aquí soltó una carcajada: lamentó la pobreza de mi moralidad, y tratándome de fanático, visionario, se mandó a mudar dejándome con la palabra (Lafinur, 1938: 184-185).

Eventualmente el concurso se llevó a cabo el 31 de agosto y como cierre del mismo fue pronunciado un discurso por Lafinur quien “improvisó una refutación a la famosa tesis sostenida ante la Academia de Dijon por Juan J Rousseau, en el cual pretendió demostrar este filósofo que las ciencias han corrompido al hombre y empeorado sus costumbres” según el relato de Juan María Gutiérrez (1998: 99-100). Resulta curioso, y en cierto sentido revelador, que en ese particular contexto político rioplatense Lafinur haya decidido destinar sus críticas a quien había sido uno de los principales referentes ideológicos durante los primeros años que siguieron a la Revolución de Mayo.

La creciente presencia de la *Idéologie* como así también del utilitarismo, en el Río de la Plata en aquellos años, se debía en gran medida a los contactos personales establecidos por Bernardino Rivadavia con Bentham y Tracy durante su gestión diplomática en Europa entre 1815 y 1820. La adopción de las pautas ligadas a al utilitarismo inglés y francés no deja de ser significativa, ya que permitía apreciar cómo ciertos sectores de la política y de la intelectualidad porteña parecían inclinarse ahora en favor de teorías que se correspondían más con el concepto de “utilidad” que por aquellas más ligadas con el contractualismo y los derechos naturales, las cuales, como ya se ha

mencionado, habían ocupado un lugar destacado en la cultura política rioplatense.⁵ Las pautas políticas de estas doctrinas se suscribían esencialmente con un ideario radical, que se vinculaba con la tradición revolucionaria americana y francesa.⁶

El impacto que tuvieron los principios del utilitarismo y la *Idéologie* sobre Rivadavia se percibirían con nitidez, poco tiempo después de su regreso a Buenos Aires en 1820, cuando puso en marcha una vasta agenda reformista como principal ministro del gobierno de Buenos Aires de Martín Rodríguez. A partir de 1821, este gobierno promovió una serie de reformas esencialmente destinadas a erradicar remanentes anacrónicos del antiguo orden colonial español que aún no habían sido desterrados por los gobiernos que se sucedieron tras la Independencia. Entre las principales reformas impulsadas por este gobierno se destaca la introducción del sufragio universal masculino y la reforma eclesiástica, la cual limitaría considerablemente la influencia de la iglesia en la esfera política y social. La introducción de esta suerte de proyecto “regeneracionista” por parte del nuevo gobierno porteño aparecía por lo tanto como un intento por rectificar el inestable rumbo republicano iniciado por los revolucionarios de mayo, el cual no había logrado consolidarse en dicha región durante la década anterior.

En el plano cultural, el mencionado gobierno alentó la ampliación de la esfera cultural decidiendo, entre otras medidas, fundar en 1821 la Universidad de Buenos Aires. La cátedra de Filosofía de dicho establecimiento quedaría a cargo del clérigo Juan Manuel Fernández de Agüero, un firme defensor de las reformas del gobierno, quien basaría sus cursos en los principios de la *Idéologie*, titulado su curso Principios de Ideología Elemental, Abstractiva y Oratoria (Fernández de Agüero 1940 441-447; Halperin Donghi 2002: 31-34). Como una especie de ironía del destino, justo en el momento en que se producía esta ola de cambios en la esfera cultural, Lafinur se vería forzado a emprender un nuevo destierro, esta vez a Mendoza, justamente debido a las tribulaciones que había padecido enseñando filosofía.

⁵ Acerca de esta cuestión véase Beatriz Dávila, “De los Derechos a la utilidad: el discurso político en el Río de la Plata durante la década revolucionaria”, publicado en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 7, Universidad Nacional de Quilmes, 2003, 96-98; José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, Provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel, 1997, 111-172; Klaus Gallo, “Jeremy Bentham y la feliz experiencia. Presencia del utilitarismo en Buenos Aires. 1821-1827”, publicado en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, 88-96.

⁶ Véase Klaus Gallo, “¿Reformismo liberal o radical? La política rivadaviana en una era de conservadurismo europeo”, publicado en *Investigaciones y ensayos*, N° 49, Academia Nacional de la Historia, 1999, 287-314. Con respecto al grado de influencia del utilitarismo y la *idéologie* sobre Rivadavia y su experiencia de gobierno durante la década de 1820 en el Río de la Plata, vale recordar que algunos autores anglosajones, que han realizado pormenorizados estudios sobre las mencionadas doctrinas de pensamiento, coinciden en señalar dicha vinculación. Por ejemplo, el clásico trabajo de Elie Halevy, *The Growth of Philosophic Radicalism*, London, Faber and Faber, 1928, 297, donde señala: “in Buenos Ayres and in Chili [sic], Rivadavia[sic] was his [Bentham’s] disciple propagandist”; el estudio de Miriam Williford, *Jeremy Bentham on Spanish America*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1980, 20, donde la autora sostiene que: “Rivadavia, probably more than any other Spanish American was a disciple of Bentham”; John Dinwiddy, “Bentham and the early Nineteenth Century”, publicado en su *Radicalism and Reform in Britain 1780-1850*, London, Hambledon Press, 1992, 302-307, que en su análisis más escéptico de la influencia de Bentham en Latinoamérica da evidencias, sin embargo, de la presencia de las ideas de Bentham a principios de 1820. Por su parte, Welch, *Liberty and Utility. The French Idéologues and the Transformation of Liberalism*, op. cit., 156, afirma que: “on his return to Argentina, Rivadavia (first as minister, then as president) attempted to realize many liberal reforms espoused by the ideologues”.

3. Epílogo: regreso a Cuyo y exilio en Santiago

Poco antes de regresar a la región andina de Cuyo, Lafinur se involucró en una sociedad secreta denominada “Valeper” y escribió su primera obra teatral, el melodrama titulado *Betsy y Clarisa* que fue el primer ensayo de música escrita para el teatro en el Río de la Plata. También escribió durante este período una serie de poesías, género en el que ya había incurrido unos años antes, destacándose sus tres *Cantos* en honor a Manuel Belgrano tras el fallecimiento de este en 1820. Con respecto a estos últimos, y en referencia general a las dotes de Lafinur como poeta, Gutiérrez escribía:

En estos cantos se revelan todas las dotes y todos los defectos de la musa de Lafinur: son inspirados por un dolor verdadero, por un aprecio reflexivo de las virtudes que recuerdan y parece que de sus estrofas exhalase algo de las entrañas de un hijo. La inspiración corre a la par de la incorrección: la naturalidad, el sentimiento, la gracia y la armonía se mezclan alternativamente con los conceptos oscuros y ponderativos y las frases desaliñadas; aunque sea verdad que esos defectos casi desaparecen ante las bellezas y los rasgos verdaderamente poéticos que brillan en las tres composiciones, en general. Todas ellas brotan de la fuente la inspiración con su carácter innegable de poesía (1998: 536).

Como ya se ha hecho mención, Lafinur también era aficionado a la música, resaltándose su facilidad para el canto y el piano. Gutiérrez lo ha descrito como una suerte de Don Juan: “Era de alta estatura, bien parecido, de cabello negro y tez clara, de agradable metal de voz y de suma afluencia cuando hablaba sobre materias que le interesaban” (1998: 537). Al volver a la región cuyana, se instaló primero en su San Luis natal para pasar al poco tiempo a Mendoza. En esta provincia se vincularía con miembros de la elite política y cultural, y fiel a su tendencia de combinar actividades pertenecientes a estos dos ámbitos, por un lado se dedicó a la enseñanza de la filosofía y la música y, por el otro, se comprometió en la vida política de la capital mendocina dedicándose al periodismo y asociándose a otra sociedad secreta.

En el ámbito académico ocupó la vicepresidencia de la Sociedad Lancasteriana – sistema de enseñanza inglés muy afín a los principios utilitaristas introducido en el Río de la Plata por el inglés James Thompson– cuando esta se instaló en Mendoza. Asimismo, enseñó en esa provincia un curso de filosofía en el Colegio de la Santísima Trinidad, basado en los mismos principios que el dictado por él en el Colegio de la Unión del Sud. Su incursión por el periodismo en esta provincia fue de lo más activa ya que llegó a redactar tres diarios durante los dos años que residió allí, –*El verdadero Amigo del País*, la *Gaceta Ministerial*, un órgano de difusión de los decretos del gobierno mendocino, y *El Curioso*– este último en colaboración con Henríquez que también se hallaba en Mendoza en aquel entonces.

En cuanto a su actuación política en esa ciudad, Lafinur se vinculó bastante estrechamente con el gobierno reformista de Pedro Molina y pasó a ser uno de los principales referentes de los proyectos de reforma de este gobierno en el ámbito cultural. Mendoza junto con otra provincia cuyana, San Juan, fueron de las pocas que intentaron imitar el proceso de transformación político-cultural llevado a cabo por el Gobierno de Buenos Aires a comienzos de la década de 1820. Sin embargo, a diferencia de Buenos Aires donde el cabildo de esa ciudad había sido erradicado en 1821 al crearse una nueva

asamblea legislativa, el cabildo mendocino aún funcionaba, con lo cual se fue generando un tenso clima de convivencia de las antiguas instituciones aún vigentes allí con las pautas “modernizadoras” e ilustradas del gobierno (Molina 2001).

Quedaría rápidamente en evidencia que Lafinur pretendía, con sus cursos de filosofía basados en las enseñanzas de la *Idéologie* y sus artículos periodísticos, inducir a los habitantes mendocinos a apoyar reformas tendientes a promover una serie de pautas secularizadoras en la sociedad. A pesar de que cierto sector de la iglesia mendocina apoyó las iniciativas de Lafinur en el ámbito educativo –tal el caso del cura Lorenzo Güiraldes rector del colegio de la Santísima Trinidad y muy cercano a José de San Martín cuando este fue gobernador-intendente de Mendoza en 1817–, otros sectores de la elite de esta provincia, particularmente aquellos directa o indirectamente vinculados al Cabildo, comenzaron a identificarlo como uno de los elementos más nocivos del gobierno (Gutiérrez 1998: 535).

En definitiva, Lafinur quedó envuelto en una puja por el control de los instrumentos y espacios de poder entre el gobierno mendocino, apoyado por una considerable porción de la elite ilustrada, y el Cabildo. De todas maneras, es importante señalar que, por lo que ya hemos destacado, Lafinur hizo poco para atemperar los ánimos de los miembros del cuerpo capitular, menos aún cuando organizó las Fiestas Mayas de 1822 en la capital mendocina. Estas celebraciones cívicas se llevaban a cabo en todas las provincias argentinas para celebrar el aniversario de la primera declaración de independencia. Al igual que lo que ocurría en Buenos Aires con las celebraciones de ese año, Lafinur aprovechó la ocasión para organizar una serie de representaciones artísticas y culturales con el expreso objetivo de transmitir, a través de ellas, una serie de valores asociados, de una u otra manera, con un espíritu esencialmente republicano y secular. Actuó por ejemplo junto con el renombrado actor teatral Ambrosio Morante, miembro también de la Sociedad del Buen Gusto, en la puesta en escena de la obra *El Abate L'Epée*; además ofreció un recital de piano donde interpretó *Dans un bois solitaire* de Mozart. Estas representaciones, a pesar de ser aclamadas por muchos de los espectadores, produjeron irritación en ciertos sectores de la sociedad mendocina (*El Argos*, 30 de julio de 1823). Al poco tiempo, Lafinur fue denunciado por miembros del Cabildo que lo acusaron de difundir actividades perniciosas para la juventud, y recomendaron separarlo de sus cargos docentes. A pesar de que el gobernador Molina hizo esfuerzos por protegerlo, Lafinur terminaría siendo víctima de los crecientes antagonismos políticos entre las distintas facciones envueltas en las pujas por el poder, y se vería eventualmente forzado a abandonar la ciudad.

Lafinur decidió trasladarse a Santiago de Chile, ciudad a la que arribó en noviembre de 1822. Allí se vinculó con viejos amigos como Henríquez y el actor Morante, y trabó amistad también con Gabriel Ocampo y Bernardo Vera. Como ha sido mencionado al comienzo de este artículo, este último era un destacado publicista y abogado en Santiago, con el cual Lafinur se asoció al poco tiempo de establecerse en esa ciudad. Según testimonia José Zapiola, al oír por primera vez el himno chileno, cuya letra había compuesto Vera, Lafinur al parecer no quedó muy impresionado y decidió tomar cartas en el asunto:

Al oír [Lafinur] por primera vez nuestra antigua Canción Nacional, le desagradó sobre todo la poesía. Concibió la idea de hacer otra completa, es decir, poesía y música. Llevó a cabo otro pensamiento, con muy buen éxito, pues, exceptuando la música de coro, algo trivial, la estrofa era muy buena. Se cantó en el teatro y fue muy

aplaudida; pero en ese mismo instante cayó en cuenta de que quizás había herido la susceptibilidad no sólo de Robles, autor de la música, sino también de Vera, autor de la poesía. La recogió esa misma noche y no se cantó más. Recordamos aún los primeros compases de la estrofa y todo el coro (Zapiola 1974: 48).

Al igual que lo que había ocurrido en Buenos Aires y en Mendoza, Lafinur dejaba su impronta ahora en la escena cultural chilena. En este país también desplegó actividades periodísticas colaborando para *El Observador Chileno*, *El Liberal* y *El Mercurio*, entre otros diarios. Como consecuencia de su participación en estos distintos medios de prensa, al igual que lo que le había ocurrido tanto en Buenos Aires como en Mendoza, Lafinur entraría en confrontación con la Iglesia de Santiago. Aparentemente este nuevo choque entre Lafinur y la Iglesia Católica fue a raíz del terremoto que sacudió a Santiago de Chile en 1822 cuando, según el relato de Vicuña Mackenna “el Padre Silva llamó en un folleto titulado ‘apóstoles del diablo’ a los poetas Vera y Lafinur porque no creyeron que el terremoto de 1822 fuera un castigo del cielo y sí un fenómeno geológico” (1926: 99-100).

Es difícil poder establecer el grado de impacto que hubiera generado Lafinur en la sociedad chilena dentro del contexto de orden político que emergió en aquel país en la década del treinta. Lo que sí queda en evidencia es que a pesar de llegar a residir apenas dos años allí, sus actitudes no pasaron desapercibidas y produjeron en ese corto período de tiempo un impacto no poco trascendente. El hecho de que contaba con apenas veinte y seis años al interrumpirse su vida, permite pensar que tenía un venturoso porvenir por delante en su nuevo lugar de exilio. Es cierto también, como manifestaba Gutiérrez (1998: 535), que su trayectoria tan cargada de acontecimientos notables, merece haber atraído un mayor número de estudios.

Bibliografía citada

Diarios

El Americano, el 1 de Octubre de 1819.

El Argos, 30 de Julio de 1823.

El Censor, 5 de Septiembre de 1816.

Desengañador Gauchi-Político, 4 de Agosto de 1820.

Libros y artículos

Armstrong Kelly, George (1992), *The Humane Comedy: Constant, Tocqueville and French Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press.

Chiaromonte, José Carlos (1997), *Ciudades, Provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel.

Dávila, Beatriz (2003), “De los Derechos a la utilidad: el discurso político en el Río de la Plata durante la década revolucionaria”, publicado en *Prismas revista de historia intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, N°.7.

Dinwiddy, John (1992), “Bentham and the early Nineteenth Century”, publicado en *Radicalism and Reform in Britian 17801850*, Londres.

- Fernández de Agüero, Juan Manuel (1940), *Principios de Ideología Elemental, Abstractiva y Oratoria*, Prólogo de Jorge R. Zamudio Silva. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- Gallo, Klaus (2002), “Jeremy Bentham y la ‘feliz experiencia. Presencia del utilitarismo en Buenos Aires. 18211827””, publicado en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N.6, 88-96.
- Gallo, Klaus (2004), “En búsqueda de la *República Ilustrada*. La introducción del utilitarismo y la *Idéologie* en el Río de la Plata a fines de la primera década revolucionaria” publicado en Fabián Herrero (comp.), *Revolución. Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas
- Gallo, Klaus (2005a), “Un escenario para la *feliz experiencia*. Teatro y vida pública en Buenos Aires 18211827””, Publicado en G.Batticuore, K.Gallo, J.Myers (comp.) *Resonancias Románticas. Ensayos sobre Historia de la cultura. Argentina 18201890*, Buenos Aires, Editorial Eudeba.
- Gallo, Klaus (2005b), “Una sociedad volteriana? Política, religión y teatro en Buenos Aires 18201827” *Entrepasados. Revista de Historia*, Número 27, 117-133.
- Gutiérrez Juan María (1998), *Noticias Históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza superior en Buenos Aires. 1868*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Halevy, Elie (1928), *The Growth of Philosophic Radicalism*, Londres.
- Halperin Donghi, Tulio (2002), *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, segunda edición.
- Korn, Alejandro (1983), *Influencias Filosóficas en la Evolución Nacional(1936)*, Buenos Aires, Ediciones Solar.
- Lafinur, Juan Crisóstomo (1938), *Curso Filosófico. Dictado en el Colegio de la Unión del Sud de Buenos Aires en 1819*, Prólogo de Delfina Varela Domínguez de Ghioldi. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Molina, Eugenia (2001), “Fanáticos y godos versus liberales e ilustrados: recursos y estrategias en la lucha por la dominación política y simbólica. Mendoza, 1820-1825””, ponencia presentada en la VIII Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia, realizadas del 19 al 22 de septiembre en Salta, Argentina.
- Molina, Eugenia (2004), “Pedagogía cívica y disciplinamiento social: Representaciones sobre el teatro entre 1810 y 1825.”, publicado en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N°8.
- Myers, Jorge (1999), “Una revolución en las costumbres: Las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 18001860””, publicado en F.Devoto y M.Madero (Eds.), *Historia de la Vida Privada en Argentina. País Antiguo. De la Colonia a 1870*, Buenos Aires, Editorial Taurus, 123-124.
- Roldán, Darío (2003), “La cuestión de la representación en el origen de la política moderna. Una perspectiva comparada” publicada en H.Sábato y A.Lettieri, *La vida política en la Argentina del siglo XIX: armas, votos y voces*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Seibel, Beatriz (2002), *Historia del Teatro Argentino. Desde los rituales hasta 1930*, Buenos Aires, Editorial Corregidor.
- Varela Domínguez de Ghioldi, Delfina (1938), *Filosofía Argentina. Los Ideólogos*, Buenos Aires.
- Vicuña Mackenna, Benjamín (1926), *Historia de Santiago. Segunda edición 15411868*, Santiago de Chile, Editorial Nacimiento.

- Welch, Cheryl B. (1984), *Liberty and Utility. The French Idéologues and the Transformation of Liberalism*, New York, Columbia University Press.
- Williford, Miriam (1980), *Jeremy Bentham on Spanish America*, Baton Rouge.
- Zapiola, José (1974), *Recuerdos de Treinta Años (1810-1840)*, Santiago de Chile, Editorial Francisco de Aguirre, Novena Edición.